

Editorial

Música vocal en Chile durante el siglo XX: retrospectiva de una polifonía a varias voces

Concluir un siglo e iniciar otro, si bien puede parecer un hecho simplemente cronológico, ya por tradición se ha transformado en un hito colectivo, que cada 100 años es causa de celebraciones y sentimientos encontrados, incluidos los buenos y malos recuerdos, junto a los logros, temores, incertidumbres y expectativas frente al nuevo siglo que comienza.

Desde muchos puntos de vista, la vida se puede considerar como un gran viaje, razón por la cual al terminar un tramo de ella surge una natural motivación para mirar hacia atrás y hacer un balance del camino recorrido. Esto obviamente involucra a las diversas manifestaciones culturales del país; mas, en este caso particular, la *Revista Musical Chilena* lo ha querido hacer en relación a la música vocal, debido a la gravitación que tiene en nuestra historia musical, en sus diferentes géneros. Cantar es tan antiguo como el ser humano, incluso más que el lenguaje hablado. De hecho, los niños cantan antes de hablar y todos los seres humanos de alguna manera tenemos la experiencia de cantar. No hay que olvidar que el instrumento musical de la voz es nuestro propio cuerpo: el canto nos sale desde “adentro”.

Existe una cierta atracción irracional en relación al canto; una atracción similar a la que sentimos con el fuego que alimenta a las fogatas, aquellas que convocan a la gente a reunirse en círculo. Se trata de un hecho primitivo, una experiencia vital que llevamos con nosotros desde los primeros días de la humanidad. De allí que el canto esté unido al rito: al rito de la danza, al rito de la fiesta, de la comida, del trabajo, de la religión, del encuentro, de la vida y de la muerte. Además, el canto tiene que ver con los profundos secretos y riquezas de la respiración, con el flujo y reflujo del aire que energiza nuestro cuerpo, instrumento orgánico de la voz. Tal vez por ello impresiona tanto escuchar cantar, pues nos hace recordar una expresión tan primitiva y vital que existe en todos nosotros desde el origen; nos hace escuchar la voz interior que late permanentemente, unido al ritmo de nuestros pulmones y pulso de nuestro corazón. Pero la impresión es aún mayor cuando el canto se desnuda y emerge a *cappella*. Es el canto puro: lo más íntimo del sonido y del silencio; el aire que vibra y se transmite de persona a persona. Y así también impresiona el canto colectivo, el canto coral, pues allí aflora otro aspecto de lo primitivo que hay en nosotros: la dimensión social, aque-

lla en que las respiraciones se unen en un solo aliento, con voces al unísono o una polifonía que da cuenta de nuestra multiplicidad.

Chile es un país de poetas y, en gran medida, la poesía es una forma de cantar. Frente a esta realidad, no es de extrañarse que compositores chilenos se hayan afanado en unir el lenguaje musical con el lenguaje hablado. De hecho, Gabriela Mistral y Pablo Neruda han sido de los poetas más recurridos para buscar, a través del canto, el encuentro entre la música y la literatura. Pero también está la poesía popular, aquella que entona sus versos a lo humano y a lo divino, desde diferentes rincones del mundo rural, muchas veces con autores anónimos, lo cual se confunde con la creación colectiva.

Más, desde un punto de vista artístico el tema es complejo. En el canto confluyen lenguajes diferentes: sistemas de códigos sonoros y sistemas de códigos lingüísticos. Tal vez en un principio el problema no existía, pues en el lenguaje oral las palabras también son sonidos; sin embargo, cuando surge la escritura, tanto la música como la literatura adquieren un mayor nivel de desarrollo y la relación entre la palabra y el sonido se transforma en una dialéctica viva de encuentros y desencuentros. Producto de ello, el concepto del canto y el tratamiento de la voz han tenido un largo y variado recorrido a través de la historia. En ciertas épocas la relación entre música y texto ha sido un hecho natural y, en otras, un hecho confrontacional: en algunos casos por razones estéticas y/o religiosas; en otros por razones sociales, políticas o de denuncia. Y en pleno siglo XX, incluso ha habido tendencias más puristas que han optado por volver al sentido primitivo del canto, usando fonemas sin un significado idiomático. Así, el poder de la comunicación a través de la música y del habla ha sido causa de celos, pugnas, alejamientos y reconciliaciones entre ambos lenguajes. No obstante, sea como sea, y más allá de las teorías de los signos y de los significados, en los albores del siglo XXI se sigue cantando. En Santiago de Chile, por ejemplo, en medio del bullicio de las calles del centro de la ciudad, hombres y mujeres suben a los buses de locomoción colectiva –los “micros”– y les cantan a los pasajeros a cambio de una moneda. De esta manera, lo primitivo del canto permanece en nuestro diverso y tecnologizado mundo contemporáneo, acaso porque el cuerpo –lo orgánico– también permanece en nosotros.

Ahora bien, en la presente publicación se hace una primera aproximación al tema, toda vez que, junto con ser amplio y complejo, aún no existe suficiente perspectiva histórica como para tener la necesaria amplitud y rigor científico que permita interpretar los hechos y sus consecuencias reales en la cultura chilena. Con mayor razón si se considera que el siglo XX fue un siglo revolucionario en muchos sentidos. No obstante, la ciencia es búsqueda y creación de conocimiento, y el conocimiento es, antes que nada, preguntas. Y sin duda que en relación a la música vocal chilena del siglo XX hay mucho que preguntar y mucho que responder; sin embargo, hasta ahora poco se ha hecho al respecto. Ha habido valiosas publicaciones y aproximaciones desde perspectivas particulares, pero no como un trabajo de conjunto. Por tales razones, la presente publicación adquiere especial interés, pues aborda el tema de la música vocal desde diferentes perspectivas, con una mirada hacia el siglo XX que puede servir de plataforma de impulso

hacia adelante, abriendo diversas ventanas y líneas de investigación hacia el siglo XXI.

Importantes aciertos y avances hemos tenido en la música vocal del siglo XX, pero también hemos tenido conflictos y contradicciones –aún vigentes– que impiden mirar hacia atrás con una actitud de simple autocomplacencia. El análisis crítico y autocrítico es bienvenido. En efecto, si el sentido de la investigación es crear conocimiento, su utilidad está en acercarnos a una verdad que nos permita identificar nuestras fortalezas y debilidades, para así ubicarnos mejor en relación a nuestros límites y saber en qué direcciones debemos buscar, descubrir y superarnos.

El siglo XX es especialmente relevante para la música chilena en general, ya que gran parte de su historia se desarrolló en él. Esto nos ayuda a ubicar y a asumir que nuestra música es aún muy joven y que, por lo tanto, está en pleno proceso de crecimiento y maduración. El sentido de la tradición –del patrimonio y de la herencia–, recién está comenzando a tomar cuerpo en nuestra sociedad. Esto nos permite ser más realistas, comprender mejor nuestras falencias y contradicciones y, a su vez, no vivir de falsas ilusiones y expectativas. Mas, lo estimulante es saber que tenemos mucho por hacer, lo cual nos anima a trabajar con entusiasmo.

Consecuente con ello, la *Revista Musical Chilena* invitó a varias personas relacionadas con nuestra vida musical a escribir sobre el tema en cuestión. Por cierto, existe una diversidad de manifestaciones que van desde la música de tradición oral a la música de tradición escrita. Se trata de la dualidad cultural propia de nuestro doble origen europeo/indoamericano –que no sólo influye en la música–, la cual se multiplica al enfrentarnos con la dualidad del lenguaje musical y el lenguaje hablado ya referido, además de la dualidad del mundo urbano y el mundo rural, cuyas culturas se basan en referentes y ritmos de vida muy disímiles, con códigos también diferentes. En realidad, el tema contiene muchos polos que son los que dan lugar a la dialéctica viva de su desarrollo. Efectivamente, junto a los ya mencionados, están los polos oficial/no oficial, formal/informal y académico/no académico, que se traducen en estéticas y prácticas musicales muy distintas y contrastantes entre sí. Y como si eso fuera poco, en pleno siglo XX irrumpe la tecnología, la cual es causa de una enorme y profunda revolución que, por cierto, influye considerablemente en la música. El micrófono, la radio y los fonogramas abren paso a una música mediatizada, que modifica la técnica vocal, junto con ser capaz de transmitirse a millones de personas, convirtiendo a la sociedad en una masa de consumo. Con ello, la música entra en la industria y se transforma en un lucrativo negocio, y la dialéctica encuentra nuevos polos de desarrollo, como son la música de arte y música como producto comercial, junto a la ética y estética, cultura local y globalización, diversidad y uniformidad. Paralelamente surge la música electrónica y digital, dando lugar a nuevas vertientes de creación que, probablemente, en el siglo XXI nos lleven a hablar de música de tradición oral, de tradición escrita y de “tradición tecnológica”.

Frente a todo esto, se comprenderá que las posibles entradas, cruces y salidas para abordar el tema son múltiples. De allí que la música vocal en Chile durante

el siglo XX sea una polifonía a varias voces, cuyo contrapunto ahora invitamos a conocer —en una primera aproximación—, según las perspectivas de las personas que gentilmente han colaborado en la presente publicación. El tema es amplio, complejo y apasionante. Se incluyen trabajos que son el producto de investigaciones, otros que corresponden a documentos testimoniales y otros a experiencias de campo de los propios protagonistas —información “fresca”—, que constituyen valiosos referentes para futuras investigaciones.

En primer lugar se presentan dos artículos: uno sobre la problemática de la relación música-texto en la composición chilena contemporánea, otro sobre la música vocal de difusión masiva mediatizada por la tecnología, cuestión que sobrepasa nuestras fronteras.

En segundo lugar se incluyen dos documentos que se refieren al canto de tradición escrita y al problema de la educación. Se aborda su dimensión cultural y pedagógica, junto a los conflictos y contradicciones que existen entre la técnica vocal y el lenguaje musical contemporáneo, producto del desfase de los programas de estudio y de los propios profesores de “conservatorio”, que sólo enseñan música europea hasta el siglo XIX y le dan la espalda a América, a Chile y al siglo XX.

En tercer lugar se presentan cuatro documentos sobre el canto de tradición oral. En ellos se aborda el canto de la poesía popular campesina, junto a una breve reseña histórica en décimas sobre los trovadores y payadores, seguido del canto popular urbano —a veces también vinculado con la cultura rural—, para concluir con la expresión del rock chileno, el cual ya ha ganado una importante presencia en nuestro medio.

La serie termina con tres documentos sobre el canto coral que, si bien originalmente pertenece a la tradición escrita, en la práctica —en Chile— corresponde a una situación mixta escrita/oral, pues la gran mayoría de los coralistas no leen partituras y cantan gracias a su entusiasmo y memoria auditiva. El primero de los documentos hace referencia al rescate de las lenguas nativas, a partir de una experiencia práctica y pedagógica en el seno de una comunidad de niños huilliches de Chiloé. El segundo entrega una reseña histórica de la vida coral en Chile y, el tercero, hace lo propio en el contexto de América Latina.

De esta manera, la *Revista Musical Chilena* ofrece una visión amplia y diversa del estado de situación de la música vocal en el país durante el siglo XX. Si bien se pueden extraer muchas conclusiones al respecto, también surgen muchas preguntas que dejan abiertas las puertas para continuar trabajando. Es sólo el inicio de un nuevo siglo que es clave para el futuro de la música chilena, por cuanto recién comienza a esbozarse una conciencia histórica y sentido de nuestra tradición.

Gabriel Matthey Correa